

Año 1919, nº 2
" 1920, nº 4, 5, 6

D
2967

REAL ACADEMIA

Hispano-Americana de Ciencias y Artes

BOLETÍN

Segunda Época

CADIZ 1919

Núm. 2.

ESTE BOLETÍN SE REMITIRÁ GRATIS A TODOS LOS ACADÉMICOS RESIDENTES FUERA DE CÁDIZ, SIEMPRE QUE ENVÍEN LOS CORRESPONDIENTES SELLOS O ESTAMPILLAS DE CORREOS PARA EL FRANQUEO CERTIFICADO.



19 MAY. 1973

FIESTA DEL IDIOMA

Fiesta literaria celebrada por la Real Academia Hispano-Americana el día 23 de abril.

La invitación para asistir a esta fiesta literaria, decía así:

«Esta Real Academia desea de la ciudad de Cádiz, que siempre sabe hacer ostentación de su invariable sentimiento americanista, demostrado antes que en cualquiera otra ciudad española desde el año 1812, en el cual, en las Cortes estuvieron ya unidos españoles y americanos, sea ahora la que en esta ocasión dé nueva prueba de su cultura y patriotismo, celebrando, al efecto, el próximo día 23 de abril, aniversario de la muerte del Príncipe de los Ingenios y como Fiesta del Idioma, un acto cultural que sea homenaje a la memoria del insigne español, y a la vez sirva para afianzar en los corazones el amor a nuestro idioma y el amor a la Patria, como ejemplo para los jóvenes, como derrotero para el porvenir, en estos momentos en que fuerzas extrañas pretenden desterrar, hasta de las Escuelas y Universidad, ese idioma imperial y magnífico que ata fuertemente dos mundos.

Cádiz será la primera ciudad de España y de América que demuestre, de esta manera, su exquisita cultura y su ferviente patriotismo, aunque ya

periódicos de otras partes dan a entender que, secundando los anhelos de esta Real Academia, organizarán certámenes semejantes.

Conocedora la Real Academia de su entusiasmo por estos ideales altísimos, se permite suplicar a honre con su asistencia, y con la de su familia, el acto indicado, para lo cual se toma la libertad de invitar a ... para ese día, el próximo 23 del corriente abril, a las tres en punto de su tarde.»

Ocuparon la presidencia los señores siguientes: Excmo. Sr. Marqués de Velilla de Ebro, Académico de número y Gobernador de la provincia; Ilmo. Sr. D. Pelayo Quintero, Director de la Academia; Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis y Académico de honor, D. Marcial López Criado; D. Arturo Gallego, primer teniente de alcalde y Académico de honor; Excelentísimo Sr. D. Pedro Lozano, Gobernador Militar; D. Miguel Ambulody, Académico de honor y Comandante de Marina; Excma. Sra. D.^a Patrocinio de Biedma y D.^a Emma Calderón, Académicas, y a continuación, por los dos lados, los señores Académicos e invitados oficiales Excmo. Sr. D. Luís J. Gómez, Ilmo. Sr. D. Sebastián Martínez de Pinillos, Fernando Repeto, Pérez Sarmiento, Moro y Morgado, Ayala y Pérez Lazo, Ceballos, Fray Adriano Suárez, D. Ambrosio Martínez, D. José Gálvez, Excelentísimo Sr. D. Ricardo Solier, Fray Tomás Lahorra, D. Manuel González, D. Luís Jordán de Urries, Cónsul General de Portugal, D. de Chile, D. Metodio Quintanar, D. Juan Viniegra, D. Rafael de ... y distinguidas representaciones del Cabildo Catedral, Ordenes religiosas y Centros de enseñanza.

D. Julio Moro, secretario, leyó un discurso explicativo del acto, que a continuación publicamos, y que fué muy aplaudido:

«Excelentísimos e Ilustrísimos señores:

Señores Académicos; señoras y señores:

Por razón del cargo que desempeño en esta Real Academia, y de manera especial por la cariñosa benevolencia con que me honran y favorecen las distinguidas personalidades que la integran, ha de ser mi palabra la primera que en esta fiesta solemnísimas del Idioma se dirija a vosotros para expresar concreta y brevemente la significación y transcendencia de un acto que congrega en nuestra casa a lo más culto, más inteligente y más respetado de la sociedad gaditana.

Con absoluta sinceridad, que no puede ser sospechosa, os declaro, señoras y señores, que al recibir tan honroso encargo, un fugaz sentimiento de alegría me ofuscó por breves instantes; pero después, reflexionando fría y serenamente y aquilatando la responsabilidad que sobre mí había de pesar, sentí la dolorosa zozobra de una real incertidumbre; porque en

verdad os digo y aseguro, que otro cualquiera de mis dignos compañeros hubiera desempeñado mejor este cometido. Pero como no sería conveniente entorpecer la obra hermosa y patriótica que esta Academia es la primera en iniciar en nuestra patria y tal vez también en llevar a la práctica, a labondad y misericordia de todos me confío, que yo, por mi parte, he de procurar corresponder en la medida de mis fuerzas a la abrumadora y delicada atención con que me favorecieron.

Como prólogo de las palabras que han de constituir el fondo de mi discurso, conviene recordar que hace 303 años falleció el *Príncipe de los Ingenios españoles*, el insigne Miguel de Cervantes Saavedra, autor de infinitas obras literarias y de la portentosa *Don Quijote de la Mancha*, que en el transcurso de los años ha sido vertida a todos los idiomas, y sirvió para que se conservase en toda su pureza el idioma de la raza hispana, pudiendo decirse, que más que todos los lazos que nos unieron a los países americanos, éste del Ilustre Hidalgo fué el que sostuvo y sostiene el afecto íntimo, perdurable, constante, evidente y eterno entre España y la América de su sangre.

En la sesión que esta Real Academia celebró hoy hace un mes, el señor D. José M. Pérez-Sarmiento, Consiliario de ella y dignísimo Cónsul General de Colombia en Andalucía, recordó que la Corporación había querido celebrar también, otras veces, la fecha de la muerte de Cervantes, y al efecto, publicó la lujosa edición de las *Novelas Ejemplares*, con un autógrafo de nuestro Presidente de Honor, S. M. el Rey, y un magnífico Prólogo de la insigne escritora D.^a Blanca de los Ríos de Lampérez, y pidió que en adelante, todos los años en este día, se efectúen actos que sean como una afirmación del derecho que el idioma español tiene a perdurar como lenguaje preferente en todos los países de procedencia hispana, pidiendo, además, que se declare día de fiesta nacional, en todos los pueblos hispano-parlantes, como DIA DEL IDIOMA; y anuente la Real Corporación con esa petición que simboliza y traduce acertadamente uno de sus más vehementes anhelos, acordó por unanimidad la celebración de esta fiesta, que engrandece la presencia de bellas damas, dignísimas autoridades y distinguido y selecto auditorio, que saben asociarse con verdadera alteza de ideas y de pensamiento, con la inteligencia y con el corazón, al propósito que perseguimos, conmemorando al propio tiempo la fecha de la muerte del escritor y pensador más portentoso que ha tenido el mundo de las Letras.

Permitidme, señoras y señores, que copie aquí para que pueda expresar la realidad de mi deseo, el hermoso y sentido *Saludo a América*, con que el delicado poeta y académico D. Juan A. Cavestany llevó a la República Argentina por el año de 1910 el concepto del idioma y el afec-

to de esta patria idolatrada, a las que fueron sus hijas predilectas, en aquel viaje de propaganda literaria que abrió ancho y fructífero surco a la intelectualidad hispano-americana.

Dijo así:

De cuantos lazos pueden juntar a los nacidos,
dejándolos en ellos eternamente unidos,
hay uno del que todos los otros van en pos:
la lengua, la que expresa cuanto concibe el hombre,
la lengua, en que decimos de PATRIA el santo nombre,
y en que decimos MADRE, y en que decimos DIOS.

Así, de esa manera dulcísima y sublime, expresó el noble idealismo de sus patrióticos sentimientos aquel ilustre poeta, y así, señores, este humilde narrador de las grandezas de la Patria, inspirándose en tan grandioso ejemplo, quisiera tener palabras acertadas y elocuentes para continuar enaltecéndola y honrándola.

La evolución lógica de los pueblos, los sucesos que cambian su orientación y les imprimen derroteros distintos de los que deben seguir; las ambiciones y los egoísmos, modifican sensiblemente el cauce por donde marchan las Naciones y los hombres. Y en este cambio radical, que obedece a impulsos constantes, se desnaturalizan y pervierten, si con mano fuerte y voluntad decidida no se acude al remedio.

Jamás ha experimentado mayor peligro el idioma español de ser suplantado en aquellos países hispanos que nacieron a impulsos de heroicas hazañas y que se desenvolvieron y fueron grandes por la grandeza de la raza hispana.

Un egoísta propósito que bastardea el lema de «América para los americanos», tantas veces discutido en la misma América, reprime en Cuba y en Puerto Rico la edición de obras españolas y pretende desterrar de las Escuelas, Colegios, Institutos y Universidades, el idioma de nuestra raza, ejerciendo idéntica presión en aquellos otros Estados donde la preponderancia norte-americana se manifiesta sin obstáculos que la contengan.

Ese peligro acaba de sintetizarlo el distinguido escritor Sr. Rodríguez Navas, con estas proféticas palabras:

«En América, la constante labor de los Estados Unidos contra la influencia de España; la sugestión ejercida por esa misma nación sobre todos los americanos de cierto relieve; el afán de muchos de éstos de extranjerizarse en el lenguaje, en la pronunciación y en sus preferencias literarias, y la obstinada labor que hacen muchas casas editoriales extranjeras, para apoderarse del mercado de libros y colocar obras mercedadas, unas veces, y otras plagadas de errores, son motivos suficientes para alar-

mar a todos los españoles e hispano-americanos amantes de la lengua que representa nuestra personalidad histórica.»

Pudiera recordaros, señoras y señores, que en todos los Estados hispano-americanos, concordantes sus sentimientos de cordialidad y cariño renacidos al solemnizarse el primer centenario de la independencia que los emancipó de la Madre común, se han ido levantando monumentos que personifican la nacionalidad del idioma español, y en Santiago de Chile erigen uno al autor de las glorias nacionales, al amigo de Cervantes, al esclarecido D. Alonso de Ercilla; y en Orizaba se emplaza otro en la Avenida de los hombres ilustres, junto al de Benito Juárez; y en Bogotá, en el centro de la «Plaza España», surge uno en honor del Ingenioso Hidalgo; y en Panamá, hoy precisamente, se descubre otro también en honor de Cervantes, obra de escultor español; y en la Habana, y en Caracas, y en Quito, y en otras capitales, se imita tan noble ejemplo.

Y tal vez, presintiendo los peligros de que antes os hablaba, en aquellos días de olvido de rencores y de afirmación de cariños, la Universidad de México, la primera que España fundó en América, proponía el intercambio universitario, recordando seguramente que en sus aulas fué donde catedráticos españoles hicieron vibrar las almas, hablándoles en nuestro idioma, antes que en otras regiones de aquellas tierras exuberantes y fecundas; y los grandes publicistas americanos, como Andrés Bello, Rufino J. Cuervo, Miguel Antonio Caro, Palma, Vicuña Macken, Rodó, Martí, Gómez Restrepo, Marco Fidel Suárez, José Toribio Medina, Larreta, Baralt, Amunátegui, la Avellaneda, Tovar, Estrada, Ugarte y muchos más, como ellos, dejaban traslucir sus temores y sus angustias y se esforzaban en llamar defensores para sostener el idioma, purificarlo y enriquecerlo.

Esta es, señoras y señores, muy someramente expresada, la idea que caracteriza a esta *Fiesta del Idioma*, y el propósito que impulsa a la Real Academia para celebrarla.

Los oradores que han de seguirme en el uso de la palabra expresarán, mucho mejor que yo puedo hacerlo, este noble sentimiento de la afirmación hispano-americana.

He concluido.»

El Académico-Secretario D. Sebastián Ayala y Pérez Lazo, recitó muy bien el inspiradísimo soneto *A Cervantes*, de Rubén Darío.

La Araucana, fragmento de Alonso de Ercilla, fué leído magistralmente por el Sr. D. Adolfo Jofre, Cónsul de Chile en esta plaza, el que también pronunció elocuentes frases muy eruditas.

El idioma y la intimidad hispano-americana sirvió de tema a D. Rafael de Buen, para atraer la atención del selecto auditorio. Habló dicho señor por designación de la *Juventud hispano-americana de Cádiz*.

El Sr. D. Joaquín Fernández Repeto, Secretario de la Academia y diputado provincial, recitó muy bien *La canción de Altisidora*, sonetos del afamado poeta colombiano Sr. Restrepo Rivera.

La banda del Regimiento de Alava interpretó *El Ingenioso Hidalgo*, y hubo breve descanso.

Después, el académico Sr. D. Ambrosio Martínez deleitó a los oyentes con el soneto *A Don Quijote*.

El Sr. D. José Pérez Sarmiento dió, como siempre, gallardas pruebas de su saber en el interesante tema que desarrolló gallardamente: *Apuntes sobre el Idioma, Cervantes y el Quijote*.

La inspirada poetisa Emma Calderón y de Gálvez, académica de honor, recitó muy bien su preciosa poesía, tan inspirada como hermosa, *Al idioma de Cervantes*:

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Es el florón más rico de la corona hispana,
el que su Historia alumbra radiante como un sol.
Se asienta en el pasado, se estriba en el mañana
y forma el áureo puente que en tierra americana
labró para honra suya el gran pueblo español.

Por él pasan y pasan,—constantes peregrinos,—
ternura que aquí alienta y amor que nace allá.
Por él vienen sus vates, los de acentos divinos;
por él van nuestros bardos, trazando los caminos
que el sabio con su ciencia más tarde seguirá.

¡Oh, la dulce cadena del castellano idioma,
que enlaza veinte pueblos con la Patria de ayer!
Tiene por eslabones arrullos de paloma;
de cívicas virtudes aliento y luz y aroma.
Su yugo soberano, ¿quién osará romper?

¿Quién, con mano alevosa, le arrancará sus regios
diamantes? ¿Quién, ignaro, su brillo empañará?
Sonora catarata de perlas y de arpegios,
encierra la poesía de antiguos florilegios
y el valor de una raza que siempre triunfará.

¿Quién le formó? Latía en lenguas numerosas
como vive la esencia en la gallarda flor.
Una lírica abeja sus alas prodigiosas
batió; libó perfumes de lirios y de rosas
labrando panal rico que es fuerza y es dulzor.

Así nació el sonoro idioma castellano,
sellado por los dioses en yunque de zafir,
para engarzar la idea de aliento sobrehumano
que hace pasar altivo por el solar hispano
a un Quijote sublime que no puede morir.

¡Loor y gloria eterna al ínclito Cervantes,
que el castellano idioma en alto levantó!
Veinte pueblos de América le reciben amantes,
y juran, como nuevos Caballeros Andantes,
morir por el idioma que España les legó.

El Sr. D. Filemón Blázquez, Inspector provincial de Instrucción pública, pronunció un discurso elocuente, sobre *El idioma y la Escuela*.

La ilustre y afamada escritora D.^a Patrocinio de Biedma, recitó de la magistral manera que sabe hacerlo, su hermosa poesía *A España*, tan inspirada y sentida como todas las suyas:

LA BANDERA ESPAÑOLA

¡Bandera de mi patria!... ¡Qué hermosa me pareces
Al verte desplegada en rítmico ondear!

¡Qué grande, si recuerdas hazañas del pasado,
Qué digna, si otras glorias nos haces esperar!

Semejan tus colores, la franja luminosa
Que enciende el horizonte en claro amanecer;
El rojo, nos recuerda la sangre de tus héroes,
El oro, las riquezas que hicistes florecer.

¡Bandera venerada!... Enseña bendecida,
Que desde el Real Alcázar hasta el modesto hogar,
Proteges con tu sombra la raza generosa
Que supo defenderte y hacerte respetar;

En tí se simboliza la historia de un gran pueblo,
En tí la fe, la gloria, la vida del honor;
El roce de los siglos tu fuerza no desgasta,
Que nunca en su deliquio perdiste tu vigor.

Si ayer ibas triunfante a mundos ignorados
Llevando nuestra enseña y el signo de la cruz,
Hoy brillas como un iris de nuevas esperanzas,
Uniendo almas y pueblos, que llenas con tu luz.

Y esplendes tus colores en ondas luminosas
Sobre las claras aguas bajo el ardiente sol,
Llevando entre tus pliegues afectos maternos
Al pueblo que fué tuyo porque nació español.

Al hijo emancipado que noble y generoso,
Con gesto de arrogancia, de fuerza y de bondad,
A la doliente madre, rindiendo su homenaje,
Le ofrece sus laureles de paz y libertad.

Laureles que florecen en la fecunda tierra,
Donde tuviste un día el singular honor
De ser la mensajera de amores y esperanzas
Que el genio de la raza en tí depositó.

Y al retornar, trayendo entre tus áureos pliegues
Promesas que son vínculos de eterna gratitud,
La madre, la que un día te levantó en sus brazos,
Bendice al recibirlas tu amor y tu virtud.

Y besa la bandera que lleva en sus colores
Reflejos luminosos de aquel ardiente Sol
Que iluminó las noches de España triunfadora,
Cubriendo con sus rayos de gloria, al español.

Naciones en que brilla la juventud del mundo,
Si halláis la fe, la ciencia y el arte en vuestro haber,
Pensad que fué con ellas en la bandera augusta
El alma de mi Patria, la esencia de su sér.

Fray Adriano Suárez, de la Orden de Santo Domingo y académico de número, hizo atinadísimas *Consideraciones sobre el Certamen*: fué muy aplaudido, como todos los que habían tomado parte en tan brillantísimo acto.

Todos ellos y la Sra. de Biedma y señorita Emma Calderón, recibieron felicitaciones muy entusiastas y merecidas, a las que unimos la nuestra.

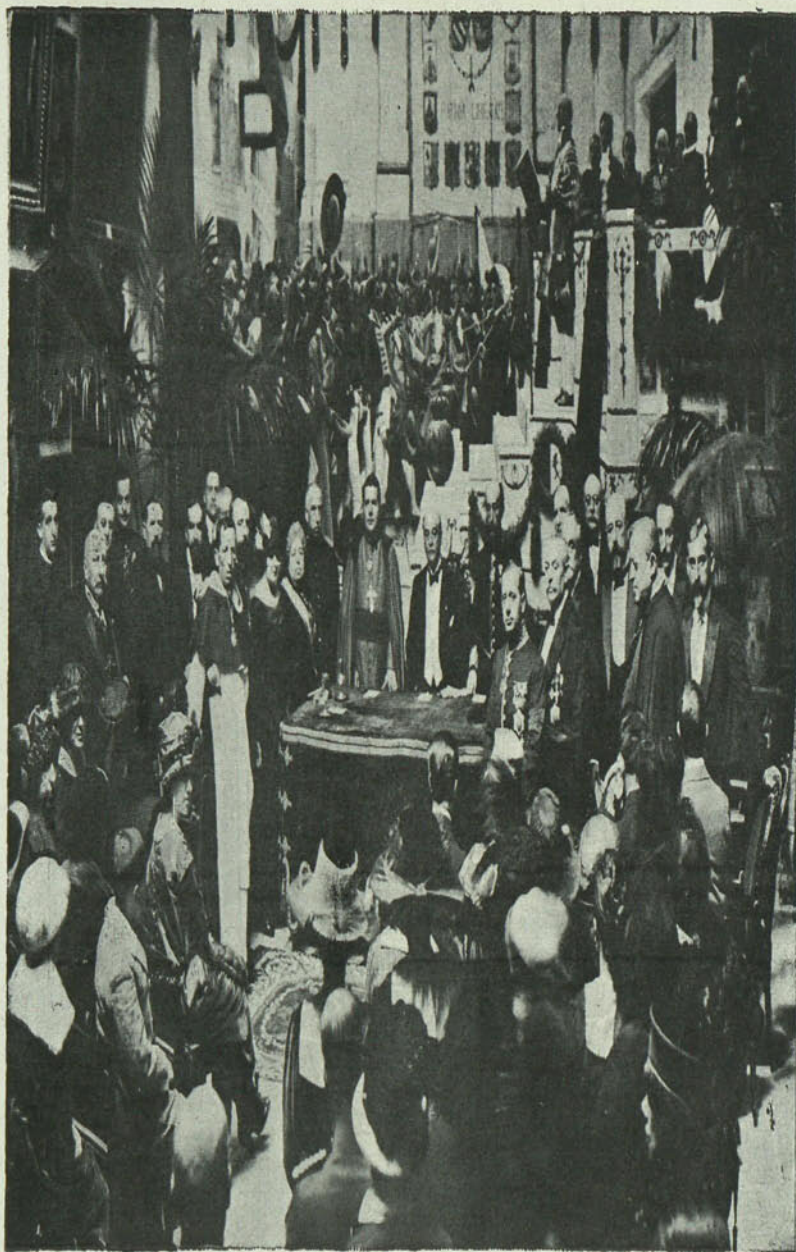
Fué también aplaudida la banda militar, que interpretó, al finalizar el acto, *Sangre española*, hermosa marcha hispano-americana.

Cerca de las seis terminó acto de tanta hermosura y brillantez.

El salón de la Real Academia estaba completamente lleno, lo que demuestra la proverbial y no discutida cultura gaditana. Fiestas como ésta honran a un pueblo, honran a la Corporación que los organiza y por igual a la nación cuyo nombre preclaro enaltecen.

Si lo que se ha hecho en Cádiz se hiciera todos los años en todas las ciudades de España y en las de la América española, la intimidad de aquellas Repúblicas con esta su hermana mayor sería perfecta y de incalculables proporciones; traería grandes ventajas para todos.

Cádiz ha sabido dar el ejemplo. Que los demás la imiten. Principio quieren las cosas, y mañana, cuando la *Fiesta del Idioma* sea una solemnidad ya aceptada en todas partes, ha de recordarse que fué nuestra ciudad la primera; que fué una Corporación gaditana la que la organizó y supo encauzarla.



El Día del Idioma: Aspecto del Salón de la Real Academia Hispano-Americana
en la Fiesta literaria celebrada el día 23 de abril.

Discurso-Resumen

POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO FR. ADRIANO SUÁREZ, O. P.

Singular privilegio del Altísimo a nuestro favor, genuina expresión de la más alta excelencia y dignidad propia de los hijos de Dios, creados a la divina imagen y semejanza, es la palabra humana. La palabra exterior, o *verbum oris*, solo es humana en cuanto expresiva del *verbum mentis*, de la idea mental, de esa hija primogénita y nobilísima del espíritu, inmensa y esencialmente superior a cuantas fuerzas, alardes, sutiles y más refinadas combinaciones y juegos de la materia o de lo material podais concebir.

La palabra, el verbo humano, en cuanto mental y espiritual en su raíz, es, ni más ni menos, el arroyo o surtidor, que, al brotar aquí de nuestros labios perecederos, a la vez emana y viene de la fuente original, eterna y primera, del Verbo de Dios en las alturas, de la Infinita y Esencial Sabiduría del Padre. Flor y fruto espontáneo del árbol del espíritu, la palabra humana significa y expresa toda entidad, todo sér, material o espiritual, que puede tener entrada y salida en la insondable capacidad de nuestro dominio. Si únicamente expresara cosas limitadas y concretas, lo ceñido al espacio y al tiempo, fugaces y livianas impresiones transeúntes, pudiera llamarse el hombre espejo, barómetro, inconsciente máquina, registradora de los fenómenos y leyes físicas, o, cuando más, organismo sensible, vibrante y obediente al exterior impulso, o mano extraña, que, al herir de paso, adrede o por casualidad, nuestras vibrantes cuerdas, determinara y tradujera en sonidos las notas dormidas del arpa, los latentes trinos y gorjeos del pájaro.

Dejemos a un lado el arpa de Bécquer y al ruiñeñor poeta.

Capaz del más excelso, transcendente y espiritual significado, nuestra palabra de hombre expresa, ante todo, una divina generación y alcuñia. *Toto cælo*, como el ángel del insecto, difieren la imagen y la idea, el *verbum mentis*, o palabra mental de la mera vibración sonora, articulada y emitida por nuestros labios.

Cuando no es símbolo y muestra de lo espiritual y divino, latente en los más íntimos y sagrados senos de nuestro sér, la palabra es *flatus vocis*, ruido, más sordo, inarmónico y antipático que el de la campana o del clarín.

Pero, en su más alto significado, en cuanto vehículo y natural expresión del verbo interior mental, significa infinitamente más de lo que aparece y suena a lo exterior.

Al modularse en signos y voces, pugnando por hacer transparentes las ideas madres, espirituales y divinas, necesariamente nuestra palabra se queda corta; siempre es más lo que insinúa de lo que expresa.

Pero es cierto, que, de algún modo, significa lo espiritual y divino, las ideas transcendentales que, sin término, fecundan y enriquecen los infinitos campos y dominios de nuestra vida superior.

Borrad las ideas madres, y todas vuestras palabras se convierten en vanos ruidos. Quitad los conceptos trascendentes y universales; suprimid la metafísica, la intuición y expresión de los primeros principios, fecundadores de todo espíritu, y dad entonces un eterno adiós a cuanto nos sublima y encarama sobre los reinos del mineral, vegetal y vertebrado.

¡Adiós sabiduría, ciencia y arte; adiós juicio, razonamiento y verdad; adiós espíritu, adiós hombre! ¿Qué soberanía y excelencia racional queda en pie para el ciego y protervo materialista, neciamente aprisionado en la infame y negra mazmorra, penosamente fabricada por sus manos pecadoras? Gracias a que ni es el hombre autor de su naturaleza, ni quién para destruirla.

Solo mediante el espíritu y la metafísica puede renegar vanamente del uno y de la otra, del padre ultra-terreno y de la hija espiritual. Bien puede pervertir y abusar de sus más altos dones el hombre; pero destruir y extirpar la espiritual raíz de su sér, eso, jamás.

Sobre todo lo atómico, celular y limitado, prevalece y flota el *quid divinum*, por cuya virtud somos, de algún modo, peticioneros y solidarios de la vida universal ilimitada. *Es Deus in nobis*. Nos vivifica, sublima, espiritualiza, y, de algún modo, nos diviniza lo divino.

Dios infinito es el centro, nosotros el radio. Dios el foco, nosotros destello. En Dios estamos, vivimos y somos.

La palabra humana, espiritual y trascendente, al pasar de vuelo lo efímero, circunscrito por formas perecederas y limitadas modalidades, expresa y formula ideas, esencias y leyes eternas, eternamente aprobadas, vivificadas y santificadas por el visto bueno, por el ósculo infinitamente bendito y fecundo de la divinidad.

¿Vislumbrais ya la excelencia de vuestra dignidad, el sin igual privilegio de vuestra palabra de hombres? Considerad ahora que, mucho más que la palabra aislada y que el informe conjunto de todas es el idioma, o la lengua. Átomos verbales dispersos son las palabras, que solo al combinarse racional y armónicamente en ese gran todo orgánico, llamado idioma, en una hermosa lengua, digna de tal nombre y honor, entran de lleno en funciones de vida universal y opulenta.

Tanto más excelente será una lengua cuanto más propios, excelsos y espirituales elementos verbales entren en su formación y, sobre todo, cuanto más eficaz y armónicamente concurren a la más alta vida y opulencia espiritual del gran organismo.

El hombre y la sociedad se conocen y evalúan principalmente por su palabra y su lengua, producto el más espontáneo, genuino, inequívoca expansión, como flor y fruto natural de su espíritu.

Castellanos de Castilla, españoles e hispano-americanos, suponed que la humanidad consciente y sabia os llama a residencia, quiere sentenciar el pleito de vuestra valía o de vuestra ruindad. ¿Temeis ser eliminados como vil fermento y masa corrompida, cual turba-multa plebeyesca y degenerada? ¿Qué patrimonio y acervo espiritual podeis ofrecer al mundo? Para presentaros, no como reos y blanco de vilipendio, sino en actitud de príncipes y jueces de las mismas justicias, muy asaz teneis con la regia púrpura de vuestra palabra, de vuestra lengua, con el tesoro deslumbrante, inestimable, de vuestra gloriosa y espléndida literatura, castellana e hispano-americana. Ahí teneis la gran ejecutoria y más resonante prueba de vuestra aristocracia espiritual.

No hallando en mis palabras para ensalzar dignamente las nuestras, haré más las siguientes de oro, propias de un moderno príncipe de nuestro idioma: «La lengua clásica: he aquí el tipo ideal, el hermoso y resplandeciente dechado que debemos tener ante los ojos; éste es el sol de la grandeza española, que aún no se ha puesto en el horizonte, que aún permanece fijo en el cielo, como lumbré y guía de cien millones de almas. Aquí perduran los vivos resplandores de la Edad Antigua, las luces del remoto Oriente, las antorchas de griegos y latinos, las hogueras de Cides y Almanzores, los incendios gloriosos del Renacimiento, las luminarias del pueblo castellano en la cumbre y soberanía de su esplendor y madurez.

»Asentó sus cimientos en las ruínas de las primeras hablas peninsulares, puso el pie sobre las fuertes raíces del Euskaro, labró los rotos mármoles latinos, atavióse con elegancia helénica, supo emular los apasionados acentos del Yemen, apacentó sus místicas ternuras en la sacra lengua de Israel, llena de tropos y aspiraciones, de sonidos misteriosos y guturales; imitó las melodías del italiano, las voces compuestas del alemán, pero sin perder nunca su sér propio, tomando las cosas nuevas o extrañas para hacerlas suyas con invencible señorío, acomodándolas antes a su genio y virtud..... ¿Cómo encarecer su feliz combinación de sonidos fuertes y suaves, rotundos y misteriosos, voces largas y breves, la encantadora melodía de sus números y cadencias, el boato de su léxico, y, sobre todo, la libérrima construcción, el donaire y desembarazo con que huye de las repe-

ticiones y estorbos, y cabalga, a rienda suelta, como elegante amazona, llena de orgullo y bizarría?

»España, hay que decirlo de una manera rotunda, enérgica y concluyente, es el país de vida más intensa, profunda y espiritual de cuantos forjaron el mundo moderno. Si hoy yace caída al pie de sus pasadas glorias, no por eso es menos patente su voluntad de vivir. Todo español ama la vida, ésta de abajo, y más codiciosamente la de arriba, la eterna.

»Si, como dicen, todo el rasgo principal del espíritu moderno es la inquietud, la rebusca angustiada de lo Infinito. ¿Dónde habrá una lengua que exprese la inquietud y el ardor, como la lengua española, acostumbrada a escrutar en las tinieblas de la Noche los relámpagos de la eterna Luz, elevándose a las más puras contemplaciones de la Verdad? Si hay un idioma en el mundo que tenga bríos para subir tan alto, es éste de Castilla, el de San Juan de la Cruz, el que ascendió por la secreta escala y oyó la dulce «soledad sonora», «el silbo de los aires amorosos», y conjuró con voces inmortales a las aves ligeras,—leones, ciervos, gamos saltadores, montes, valles, riberas,—aguas, aires, ardores—y miedos de las noches veladoras». ¡Oh lengua peregrina, que supiste escalar el cielo, con manso vuelo de paloma! ¿Perdiste ya las alas y los bríos?...

»Famosa urdimbre es ésta del romance español, brocada y recamada por santos poetas y místicos artífices: palio del sumo Verbo, púrpura de reyes, toca de vírgenes, velo de custodias, brocado de casullas, lienzo de banderas, paño de altar, vestidura honestísima de pensamientos limpios y veraces, airosa capa de corte castellano, rica en hombros de hidalgos caballeros, garbosa al talle de los chisperos de Madrid, manto imperial, ceñido al vigoroso cuerpo de nuestra raza insigne.» (1)

Señores académicos, españoles, hispano-americanos, y cuantos modulais altos pensamientos en la opulenta, robusta y dulcísima lengua de Cervantes: ¡Con qué orgullo y reverencia debeis acatar, cultivar y festejar este idioma de príncipes, forjado, acicalado y bruñido conforme a los cánones de la más alta sabiduría y belleza por cien selectas generaciones, las más robustas y espirituales del mundo!

Llegó esta lengua al apogeo y plenitud de su virilidad, cuando los españoles, émulos del sol, difundían los rayos del poder y vivificante influencia de sus pensamientos hasta los más remotos ámbitos del orbe.

Libres de enemigos domésticos, arrancadas de su noble seno las víboras musulmanas, unánimes en la fe, invencibles ansias y alientos de universal poderío, cuando en la vieja Europa eran los otros pecheros y nosotros señores, cuando en el solar español florecía el consejo y fuera

(1) Ricardo León.—Discurso de recepción en la Real Academia de la Lengua Española.

sus armas, cuando familiarizados con todas las grandezas y glorias, humanas y divinas, nada nos asombraba y a todas partes íbamos con gentil naturalidad y denuedo; cuando pletóricos de valentía y espíritu, desafiando y dejando atrás mil monstruos y horrendos espectros del mar tenebroso, como en premio de tal fe y arrogante valor merecieron nuestros ojos atónitos divisar cielos nuevos y tierras nuevas, y franquearon, al fin, de par en par y para siempre nuestras robustas manos las áureas puertas del prodigioso Nuevo Mundo. «Gracias a Dios» fueron las palabras castellanas, que, cual beso de encendida gratitud y amor sin límite, estallando en los labios de Colón y sus argonautas, por primera vez resonaron en aquel misterioso Mundo americano.

Desde tal felicísimo instante no se apagaron ya, cundieron sin cesar, ganando tierra y corazones viriles, simpáticos y luminosos acentos. Hoy lo veis más claro que nunca. Hoy en América es lengua familiar, corriente y oficial de dieciocho florecientes Estados, con gran número de millones de kilómetros y habitantes, extendidos desde el alto México y la California hasta los últimos confines australes del Cabo de Hornos.

Toda esa millonaria multitud humana fué regenerada y traída a la vida culta, civilizada y cristiana por virtud y gracia de nuestra espiritual y sublime lengua de Castilla. Por su gestión y conjuro de esa lengua, España y América son y serán cada vez más una, un solo sér, una vida espiritual que plega a Dios se convierta en opulentísima, sin rival en el mundo. Si queremos, podemos.

Señores académicos, señores españoles e hispano-americanos, rendid sincero homenaje, festejad, desde hoy para siempre, a esa nobilísima Madre. Henchidos de entusiasmo reverencial, de orgullo señorial y ardiente júbilo, tejed nuevos lauros, engastad más brillantes y valiosas joyas en la imperial diadema de nuestra gran Reina y Señora la Lengua Castellana.

HE DICHO.

A Don Quijote

Soneto recitado por su autor el Académico de número don
Ambrosio Martínez:

Ficción no más, venciste denodado
con tus delirios de inmortal grandeza,
de andantes lides el afán dañado,
con que probar de la razón la alteza.

Hoy que el honor, su escudo blasonado
y de sus timbres la historial nobleza,
de Sancho seguidor enamorado,
ufano cambia por venal fineza;

no de Amadis forjaras aventuras,
que hubieras de emular con sano empeño,
que ideales de ayer son hoy locuras,
y habrías de azotar con duro leño
al malandrín de Sancho en las figuras
de los que en Sancho ser, cifran su ensueño.

3





Por la “Raza” y por la “Patria”

Con intervalo de muy pocos días han llegado a mi poder un número del periódico *La Prensa*, diario que se publica en español en la ciudad de Nueva York, y corresponde a la fecha de 10 de marzo último, y un ejemplar de la conferencia pronunciada por el Dr. Alejandro de Rivas Vázquez en el teatro «Payret», de la Habana, la noche del 10 de octubre de 1918, a beneficio de los fondos de la Cruz Roja Nacional Cubana, y bajo los auspicios del Ilustre Colegio de Abogados de aquella población y de la colonia venezolana.

En el primero, se publica un artículo titulado *Por la verdad y por la razón*, y viene orlado con unas líneas de lápiz azul para llamar la atención, y seguramente con el propósito de que se lea y se comente una refutación que hace contra un «despropósito», el ilustre diplomático dominicano señor D. Enrique Deschamps, muy conocido en Cádiz, y Correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes.

Con verdadero interés he leído varias veces el notable artículo, y entre sus sinceras manifestaciones he visto surgir un sentimiento de tan noble imparcialidad, que ese detalle, principalmente, me ha impulsado a recogerlo y comentarlo, ampliando los argumentos que opone a una inno-ble e injusta inculpa- ción de incultura que se arroja al rostro de los españoles por la *Revista del Mundo*, importante publicación neoyorkina.

«España, dice, no estaba—ni está—preparada para el advenimiento de la ideal República. El pueblo español, la masa, es todavía demasiado *inculta* para convencerse de que el supuesto derecho divino de los reyes

pertenece ya a la historia; cuando con veinte o treinta mil escuelas se sustituyan las veinte o treinta mil tabernas que se debieran cerrar, y haya tantas Universidades como plazas de toros se cuentan actualmente, entonces habrá llegado la hora oportuna de implantar la República.»

El Sr. Deschamps, modela una refutación enérgica, apropiada, justa e imparcial para oponerla a esos injuriosos despropósitos. Quien, como el distinguido diplomático ha vivido algunos años entre nosotros y ha podido saturar su alma con la nobleza de la raza hispánica, asimilándose los rasgos más característicos de su modo de sér y de pensar, no podía permitir que se fustigase al pueblo español, fustigándolo de inculto y adoceñado, «de un pueblo, agrega, cuyas grandes virtudes armonizan con la ejemplar grandeza de su historia y que representa una de las más positivas esperanzas de Europa, a causa de conservar intactas virtudes que otros pueblos han olvidado por completo»

No he tenido la curiosidad de inquirir el número de tabernas que existen en España; sí puedo asegurar que no se da el caso de que en las cuatro esquinas de una misma calle se encuentren instaladas otras tantas, como suele ocurrir en ciudades americanas; ni voy tampoco a defenderlas ni a justificar su funcionamiento; sí he de equipararlas, cuando menos, a aquellas que por cientos están instaladas en los barrios de Nueva York, y son solar de la hez más inculta, más criminal y más sanguinaria del mundo.

Tampoco cuadra a mis propósitos hacer una estadística de las Escuelas nacionales, para establecer paralelos de cultura; pero sí he de transcribir una noticia que ha de causar al articulista de la *Revista del Mundo* honda sorpresa y tal vez haga asomar a sus labios una despectiva sonrisa de incredulidad.

D. Ramón de Manjarrés, el incansable propagandista de las glorias españolas, autor del celebrado folleto *Rinconcillos de la Historia Americana*, editado por la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, como uno de los números del programa de la *Fiesta de la Raza*, y para repartirlo gratuitamente, publica en el número segundo de la revista *Raza Española*, un precioso artículo de propaganda, y al reseñar los monumentos que se construyen en Sevilla para la próxima Exposición, dice: «Hay en la Plaza de América un sitio que requiere especial mención: es una rotonda formada por bancos de ladrillos, en cuyo centro se levanta una pequeña estatua de Don Quijote. Llámase por ello la *rotonda del Quijote*. El pedestal de la estatua es una alacena donde se guardan ejemplares de las obras de Cervantes; allí, *El Ingenioso Hidalgo*; allí, las *Novelas Ejemplares*; allí, el *Pérsiles y Segismunda*; esos libros están a merced de cualquiera; a toda hora podeis ver obreros, estudiantes, solda-

dos, abstraídos en la lectura; los libros envejecen, se gastan, se desencuadernan; jamás ha faltado uno. Brindo este detalle a los de *la leyenda negra*.»

Yo lo recojo con admiración y con placer y lo envío al articulista de la *Revista del Mundo*, para que aquilate su importancia y rectifique en holocausto de la justicia el concepto depresivo que tiene de la cultura de las masas populares españolas. Ese hecho es argumento indubitado e irrefutable que dice mucho y muy alto de la ilustración del pueblo, que tiene perfecto y completo concepto del derecho divino de los reyes, y rinde ante la excelsa majestad de D. Alfonso XIII el homenaje debido a la grandeza de su alma, a la liberalidad de sus propósitos, a su espíritu democrático y justiciero, a sus virtudes y a su caridad, que le ha valido en estos años de horrendas hecatombes y de terribles crímenes, la admiración del mundo, por la labor intensa y fructífera realizada para endulzar las tristezas de millares de hogares, para salvar muchas vidas y amparar muchos huérfanos y muchas viudas castigadas por la desgracia y condenadas por la justicia humana, sin preocuparse del origen o nacionalidad del que a él acudía en demanda de su protección.

Precisamente en los momentos actuales podemos ofrecer un contraste al articulista de la *Revista del Mundo*, en la oposición tenaz que la minoría republicana del Ayuntamiento de Madrid hace contra la imposición de arbitrios a los vinos y alcoholes, asunto por el cual hasta se ha llegado a amenazar con la retirada del Concejo de los representantes de los partidos radicales. Y téngase presente que la desgravación de esos artículos viene a favorecer a las tabernas y a embrutecer a esas clases obreras a que aquél alude.

Ha sido siempre supremo argumento de los detractores de España, el espectáculo de las corridas de toros. También se aduce en ese artículo de la *Revista*, para dar mayor fuerza al dictado de incultura con que nos zahiere y lastima.

No soy de los que defienden esas fiestas, que, no obstante, tienen un signo de bravura y de gallardía, tan opuesto al de barbarie que caracteriza a la de boxeo, que constituye el encanto de los norteamericanos.

Y sin embargo, cada vez que una expedición turista de aquel país ha desembarcado en Cádiz, la primera preocupación de los viajeros ha sido la de preguntar si se celebraba alguna corrida en fecha próxima y lugar inmediato. En Cádiz, en cambio, (que no tiene plaza de toros) no pudo lucir su fuerza prodigiosa un boxeador negro que en las capitales americanas ha sido ídolo de las multitudes, por la sencilla razón de que nadie quiso ir a un espectáculo que le repugnaba y degradaba, porque en él no ve otra cosa que la brutalidad elevada a la categoría de fiesta nacional por los que claman y vociferan contra nuestras corridas de toros.

Dos plazas o circos tienen preferencia en España, y sus empresarios son tal vez los que mayores ganancias obtienen durante la temporada. La plaza de La Línea de la Concepción y la de San Sebastián. A la primera, concurren los ingleses de Gibraltar; a la segunda, los franceses. Descifre este enigma el articulista de la *Revista del Mundo*.

En cambio, son infinitos los «Boxing Ring», «Wrestyn Arena», «Base Ball», «Polo Grounds», etc., que existen en América; un número mucho, muchísimo mayor que el de Universidades, y en los cuales ni la moralidad resplandece, ni la cultura puede vanagloriarse de recibir pleitesía, ni se persiguen esos nobles ideales que no ha podido ver en la masa española, que, sin embargo, asiste a centros educativos, se asocia y redime por el esfuerzo loable de su voluntad, funda periódicos y crea economatos y lucha por ilustrarse y elevarse rodeada del aplauso público, que admira esa perseverancia y facilita los medios de realizar esos convenientes empeños.

Pocas naciones habrá donde la libertad esté más y mejor garantizada que en España. Lo que en otras partes se considera como delito, aquí pasa como licencia o como derecho ciudadano. En pocos sitios el lenguaje de la prensa es más severo y más libre en sus críticas, y desafío a quienes puedan probarme que en otro Estado se hayan promulgado leyes societarias más beneficiosas para los obreros que en España, por una sencilla razón: porque aquí, esa masa popular está plenamente capacitada para recibirlas y para gozarlas.

Es, sin embargo, necesario convenir en que la inmensa mayoría de esas leyes protectoras han sido promulgadas por los legisladores de los partidos de la derecha, que no siempre obtuvieron la colaboración de elementos radicales para que surtieran con tiempo sus efectos, razón por la cual no puede ser el ideal republicano el que impulse a esas masas tiladas de incultas por una Revista de tanta importancia y circulación.

JULIO MORO MORGADO

Académico de Número.

El alcoholismo anglo-sajón

En una Revista de Filadelfia encuentro planteado un problema. Por efecto de la guerra, o aprovechando facilidades que la guerra proporcionó para el triunfo de la moralidad higienista, ha sido prohibida en los Estados Unidos la elaboración y la venta de los líquidos alcohólicos. La taberna ha muerto. Un defensor de la campaña triunfadora asegura que ya no se ven borrachos en los muelles de Nueva York, ni en las Grandes Avenidas, ni en parte alguna. Otros informadores aseguran que la prohibición ha engendrado la clandestinidad, y que la copa que antes se bebía en plena calle, se saborea actualmente en un rincón de una tienda. «No es que se beba menos—añade la referencia—, es que se bebe secreta e hipócritamente.»

De todos modos, ha disminuído el negocio de los químicos, que convertían las materias más extrañas en un litro de agradable veneno.

Para comprender la importancia del acontecimiento, es preciso haber viajado por Inglaterra y por los Estados Unidos de América, y haber visto al ébrio anglo-sajón, que no se parece en nada al borrachín de nuestros vinos picantes de Castilla, y menos aún al de los dulces néctares andaluces.

En un viaje que hice a Londres, cuando descendí del trasatlántico *Nubian*, de la *P. Y. and O.*, en Tilbury-Docks, me asombró la muchedumbre de descargadores que allí esperaban el arribo de barcos. Serían tres o cuatro mil; acaso más. Vestían los trajes más extraños. Unos iban casi en cueros, sin más abrigo que una camiseta y unos calzones desflecados. Otros se cubrían con largos gabanes viejísimos, que habían llega-

do a su poder Dios sabe después de cuántas andanzas por las prenderías y los almacenes de guñapos. No pocos llevaban levitas negras o grises, que acaso en otro tiempo fueron adorno de un aristócrata o de un banquero de la City. Hasta había quien ostentaba un frac raído y grasiento; y no faltaban los que tenían por indumentaria un corpiño femenino. Hasta ví un hombre vestido de mujer, con faldamenta repugnante, único modo que le era dable, por lo visto, de librarse de la pena, allí severísima, de los que recuerdan el pergeño adámico.

Estos eran los hombres que iban a descargar baúles y mercancías. Pregunté a un londinense, mi amigo, y él me contestó:

—Comprendo el asombro de usted. Esta gran ciudad, la mayor del mundo, la más culta, rica y floreciente, no ha podido librarse del espectáculo bochornoso que ofende a todos los arribantes de gusto delicado. Es que aquí acuden los hambrientos de muchos países, sin que falten los súbditos de S. M. británica... Es éste un ejército en el que se abanderizan los menesterosos, los proletarios, los sin ventura de cualquier nación o raza. Ellos llegan, piden trabajo, se les da, se les paga... y nada más.

La generosa y franca sinceridad de mi amigo me invitó a seguir el coloquio:

—Y esta gente, ¿cómo vive?, ¿dónde vive?, ¿cómo está en ese grado de abyecta miseria, no obstante el trabajo remunerado?

—Es que esta hez universal vive del alcohol. Ellos son los principales consumidores de las destilaciones insanas que enriquecen a muchos. ¿Conoce usted las diatribas del supremo ingenio británico, Bernard Shaw, contra los especuladores del hambre?... Pues en ellas consta por modo clarísimo que los miserables son el feudo más pingüe de cuantos existen sobre la tierra. Sacar fruto de la fortuna de los acaudalados, es difícil. Encontrar millones de millones en las famélicas miríadas de obreros sin trabajo, o de trabajo dudoso y mal retribuido, eso es fácil. Bernard Shaw lo ha probado estadísticamente, y sobre las cifras ha clavado la bandera reivindicadora con una energía que hubiera de asombrar a los españoles.... Pero sólo ha visto usted el aspecto de los trajes. Luego verá algo peor, algo espantable; porque yo, que soy inglés, que adoro a mi patria, que la juzgo como la más adelantada de todas y la más digna de cariño, no desconozco los errores ni las torpezas en que vivimos...

—¿Qué me anuncia usted?—pregunté a mi amigo.

—Le anuncio el más horrendo espectáculo que jamás haya imaginado. Va usted a ver a la bestia humana. Va usted a ver al embriagado con los venenos de esos malditos mercaderes que acaso se sientan en la Cámara de los Lores.

Comprendí que en las palabras de mi compañero de viaje había un

fondo de intensa amargura, y no quise insistir. Díle gracias por su noticia, y felicitándole de la venturosa llegada a su hogar, me despedí.

Al otro día, yendo yo a la Aduana para recoger mis equipajes, vi la primera parte del terrible drama británico. Dos obreros del muelle peleaban a puñetazos. Ignoro el motivo de la reyerta, ni me fué posible averiguarlo. No era la contienda de dos hombres. Era el choque de dos fieras. Ambos estaban saturados de alcohol. Sus ojos pálidos ardían con siniestros resplandores; de sus bocas caía la baba; sus narices respiraban difícilmente entre la suciedad. Los dos se tambaleaban y no sabían dirigir los golpes. A veces, queriendo encontrarse los luchadores, se separaban. A veces caían el uno sobre el otro sin darse cuenta de la mutua embestida. No he visto nunca cosa tan horrenda; ni las luchas de gallos acostumbradas en algunos pueblos americanos y filipinos, ni las luchas de machos de codornices que he presenciado en tierras lejanísimas, ni los odios de dos arañas encerradas en un bocal de vidrio, que también hemos visto en el gabinete de un zoólogo... Como hombre, sentí vergüenza y asco. Como español, sentí la alegría de que en mi tierra no había hombres semejantes ni vilezas tales.

Volví a encontrarme a mi compañero de viaje, el digno, ilustrado y bondadoso inglés que había levantado la punta del velo con que se cubre una histórica hipocresía. Y él tomó la iniciativa:

—¿Lo ha visto usted ya?

Bien sabía yo lo que esta pregunta significaba. Intenté suprimir la contestación, homenaje debido a aquel perfecto caballero y a la inmensa civilización del pueblo magno. Pero mi amigo insistió, requiriendo la verdad de mis impresiones. Entonces hube de corresponder con estas palabras:

—Sí, he visto lo que usted me anunció, el hombre envenenado por el alcohol; la bestia primitiva restaurada en toda su animalidad por las mezclas químicas que se expenden en las tabernas.

—¿Tiene usted la bondad de decirme qué impresión ha recibido?

—Espantosa, terrible... He sentido miedo, me ha dominado el espanto... He visto un sér de apariencia humana que yo no conocía... He asistido al choque de dos brutos que deshonran a la Humanidad.

El gentil caballero inglés, todo ciencia, todo honor, todo bondad, escuchó mis palabras tranquilamente, pero adiviné en su rostro la tristeza.

Y como yo le pidiera perdón por haber sido franco, él me dijo:

—No es perdón, sino gratitud, lo que le debo. La verdad sólo tiene un precio: el de ser oída serenamente... Nosotros, muchos, queremos acabar con esa plaga, con esa tradición del ebrioso. No hay que combatirle sólo en esa multitud tragi-cómicamente ataviada con los restos de las sas-

trerías. También hay que pelear contra los ébrios de alto linaje y de áurea fortuna... No lo conseguimos.

—¿Y esas leyes norteamericanas y británicas que persiguen el alcoholismo y prohíben la explotación de los alcoholes?

—Eso es como otros muchos paramentos de nuestras leyes: fórmulas enaltecedoras, realidades engañosas.

Y así concluyó el diálogo.

J. ORTEGA MUNILLA

Académico de Honor.

Causas y consecuencias de la Revolución americana.

El Centenario de la Independencia argentina es una fecha que se presta a profundas reflexiones sobre el estado presente y sobre los destinos del conjunto. La chispa desprendida de España se ha transformado, del otro lado del mar, en una gran nación próspera y triunfante que avanza, a grandes pasos, hacia un porvenir grandioso. Pero dado el número reducido de sus habitantes, dado su volumen de hoy, su acción mundial depende, en cierto modo, de la suerte de los países afines, y no es posible hablar de sus destinos, sin hablar de todos los pueblos que en el Nuevo y en el Viejo Continente se expresan en español.

Además, España y América no forman para mí dos entidades distintas. Forman un solo bloque agrietado. De aquí que entre resueltamente en materia, aceptando en común, con los de este lado y con los del otro lado del mar, todas las glorias y todos los pecados de la raza.

Si examinamos el fondo de los acontecimientos que se desarrollaron hace un siglo, comprenderemos que el movimiento de la Independencia solo fué un gesto regional, como el que pudiera hacer aquí mañana una provincia. Los españoles de la Nueva España se sintieron sacrificados a los de la España Madre. Una parte de la nación juzgó excesivos los privilegios de la otra. Estalló un conflicto de intereses y de esperanzas. Pero

no hubo choque entre dos organismos. Ninguna fuerza puede ir contra sí misma, ningún hombre logra insurreccionarse completamente contra su mentalidad y sus atavismos, ningún grupo consigue renunciar de pronto a su personalidad para improvisarse otra nueva. Españoles fueron los habitantes de los primeros virreynatos, y españoles siguieron siendo los que se lanzaron a la revuelta. Si al calor de la lucha surgieron nuevos proyectos, si las quejas se transformaron en intimaciones, si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical, fué a causa de la inflexibilidad de la Metrópoli. Pero en ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad.

El grito que partió en 1810 de Buenos Aires y Caracas y que determinó el incendio formidable de un continente, es una prueba del empuje de nuestro conjunto, que, en los momentos difíciles, cuando siente que el aire le falta, sabe sacar de su fondo más secreto una rebelión de vida. Yo no soy un patriota profesional; pero Gerona y Zaragoza aquí, y en 1807, durante las invasiones inglesas, Buenos Aires y Montevideo allá, han mostrado las reservas de energía que llevamos adentro. La insurrección americana nació de un ímpetu como éste. Las colonias que se ahogaban bajo el peso de las prohibiciones, tenían la noción de su grandeza futura, y para no morir, se sublevaron. Pero repito que el movimiento no fué un ataque a España. ¿Cómo iban a atacar a España los mismos que en beneficio de España habían defendido algunos años antes las colonias contra la arremetida de Inglaterra? ¿Cómo iban a atacar a España los que, al arrojar del Río de la Plata a los doce mil hombres del general inglés Whithelcke, habían firmado el compromiso de mantener la lengua, las costumbres y la civilización de sus antepasados?

Recordemos la confusión que provocó en el Nuevo Mundo, en aquellas épocas en que las comunicaciones llegaban con largos meses de atraso, deformadas y aumentadas por la distancia, las noticias de los sucesos que se desarrollaron en la Península. Cuando se supo que Fernando VII había abdicado y que los ejércitos de Napoleón estrangulaban a la Metrópoli, hubo en las Indias un remolino de conciencias. Unos pensaban que las colonias debían seguir la suerte de España, y que si ésta caía en poder de los franceses, ellos debían someterse también. Otros juzgaron que América había recibido el legado de la civilización hispana y que debía ponerlo a cubierto, rompiendo con el intruso, salvando el alma de la raza y haciendo revivir en la tierra nueva lo que parecía estar a punto de perecer aquí.

Así nació la revolución. Hidalgo la encabeza en México al grito de: ¡Viva Fernando VII!; en Venezuela, el pueblo maltrata a los comisionados

franceses que vienen a anunciarle el advenimiento del nuevo estado de cosas; la Junta Provisoria de Bogotá abre suscripciones en todo el país para ayudar al Gobierno español en su lucha contra el invasor, y de un extremo a otro de los virreinos, sube una ola de cólera contra el César insaciable que quería subyugar al mundo.

Si se hubiera tratado de una lucha entre peninsulares y americanos, no hubiera habido tantos españoles que, como el marqués de Selva Alegre y el padre Castañeda, encabezaran la insurrección, ni tantos criollos que, como el general Goyeneche, la combatieran. Lo que estaba en lucha era el espíritu oficial y el instinto popular: de un lado el sometimiento a las jurisdicciones y del otro la imborrable fidelidad a las ideas.

La revolución se hizo, en resumen, con los hombres y con la cultura de España.

¿Dónde, sino en la Península, cuya tradición continuaba, había descubierto Bolívar el secreto de sus frases llenas de verdades, que subían serenamente en la atmósfera y se abrían en abanico como una bandada de águilas? ¿Dónde había aprendido San Martín la ciencia militar y el ímpetu heroico que le permitían vencer los imposibles, sino en las propias filas del ejército de España, por las cuales había combatido contra los ejércitos de Napoleón? ¿Y de dónde sacaba el pueblo las altiveces, las discordias y las rivalidades que arremolinaban la marcha de la revolución, sino de las raíces mismas de nuestra común historia de luchas que desgarraron a los conquistadores de la tradición violenta y levantisca del conjunto? La revolución sudamericana era un resultado de los orígenes. Era nuestra raza entera con todas sus llagas, con todas sus grandezas, con todo nuestro espíritu complejo y atormentado, que daba en la tierra nueva, ante horizontes salvajes, bajo otro clima, en territorio más amplio, a la medida de su valor, de su indisciplina, de su lirismo y de su demencia.

¡Ah! mi noble y contradictoria España; en las luchas de la independencia y en las guerras civiles que siguieron después, en el medio siglo de desorden que fué como la expiación de la herida necesaria que te habíamos inferido, aparecías toda entera, con tu espíritu apasionado y desigual, con tus ímpetus y con tus caídas, con tu obscurantismo y con tus rebeliones, con tu cara negra y con tu cara roja, como si por un inconcebible sortilegio, se reflejara un Continente en otro y hubiera dos Españas, desgarradas al mismo tiempo por la lucha de un pueblo reformador y democrático contra una oligarquía pretenciosa y tiránica.

Esa única es la división que por entonces existía: la división entre dos concepciones diferentes. Unos vivían con las ideas modernas, otros con los prejuicios viejos. Y esa demarcación se hacía sentir igualmente en España y en las colonias. En las alturas predominaba el autoritarismo. En

la masa fermentaban las ideas democráticas. Y si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje, fué porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un Gobierno profundamente conservador negaba a todos, no solo a las colonias, sino a la misma España.

Los que pedían allá un régimen colonial más amplio, se alzaban contra la misma fuerza opresora que combatían aquí los que reclamaban una Constitución. La revuelta fué un paso dado hacia las ideas liberales y democráticas que defendían en España muchos patriotas ilustres. Y lo que se reflejó, agrandado por la distancia en el Nuevo Mundo, lo que se encarnó en dos símbolos: el virrey y el comerciante, el pesado engranaje administrativo y las ágiles fuerzas productoras, fué la rajadura que dividía a la raza en dos porciones antagónicas. No nos levantamos contra España, sino en favor de ella y contra el grupo retardatario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir.

Una España liberal y democrática a la manera de Inglaterra, hubiera retardado en algunos puntos, y evitado quizá completamente en otros, la separación. Pero, ¿qué podían hacer en favor de la concordia los capitanes y los funcionarios a la antigua, que cuando derrotaban a los insurrectos y recuperaban un territorio, restablecían, como en Nueva Granada, en 1816, la Inquisición y mandaban quemar todos los libros que no estuvieran escritos en español o en latín? ¿Qué podían hacer en favor de la unión, los que destruían, como en Chile, en 1812, todo lo que llevaba la marca de las ideas nuevas: bibliotecas, colegios, instituciones científicas, juzgando acaso que el terror y la sombra era lo único que podía mantener la obediencia de los pueblos?

Si examinamos bien los hechos, comprendemos que la insurrección no fué al principio un grito de libertad, sino un movimiento político como el que estalló en España casi simultáneamente. El primer acto de la Junta de Buenos Aires es decretar la creación de una biblioteca; la de Chile, proclama la libertad de imprenta y apunta la necesidad de abrir colegios en todo el territorio; la de Venezuela, suprime los impuestos fiscales, crea una escuela de matemáticas, prohíbe la introducción de esclavos, proclama la libertad de comercio, y la América toda parece vibrar en un ímpetu hacia la igualdad y hacia la justicia.

Todo esto sin contar con que los hombres de ideas avanzadas de aquí y los de allá se tendían la mano en aquel tiempo, como ahora, por encima de las divisiones artificiales, como lo prueba el hecho de que fueran españoles recién llegados de la Metrópoli, españoles procesados en España y expulsados de ella a causa de sus ideas republicanas, los que intentaron en Venezuela, en 1796, el primer levantamiento revolucionario,

y como lo prueba el hecho de que los insurrectos americanos que estaban en las cárceles de Cádiz fueron puestos en libertad, en un gesto grandioso de solidaridad fraterna, por los españoles que, como Riego, reclamaban la Constitución de 1812.

Los que combatían el movimiento regional americano, eran también enemigos de la reforma interior de España, como el virrey Sámano, que se negó a jurar en Caracas la Constitución; y los que se alzaban contra el Gobierno de España, simpatizaban con los insurrectos americanos, como las tropas, que en vez de partir a someterlos, se sublevaron a su vez, pidiendo reformas nacionales. Eran dos concepciones en lucha. A la revolución americana correspondía la revolución española, y con las naturales modificaciones que implica un movimiento tan vasto, la larga y sangrienta guerra que marca una de las páginas más tristes de nuestra historia, la guerra, odiosa siempre, y más odiosa aún en aquel caso, solo puso frente a frente las dos fuerzas seculares que aún continúan en lucha: el Minotauro del absolutismo y el Hércules de la libertad.

Claro está que no olvido las divergencias y las incompatibilidades que asomaban entre los dos grandes grupos separados por la distancia y por el mar. Desconocerlas, sería negar las certidumbres históricas y las verdades más visibles. El español de las colonias miraba con enojo la arrogancia del español de la Metrópoli. El español de la Metrópoli veía con desdén las mezclas y las promiscuidades del español de las colonias. El elemento indígena representaba un factor nuevo con el cual había que contar también. En algunos virreinos, cuya prosperidad aumentaba a pesar de todas las restricciones, empezaban a descubrirse músculos de nación. Pero, aunque en todas partes apuntaba, más o menos franco, más o menos visible, el empuje, extraño a la voluntad de los hombres, que nos llevó a la independencia, en ninguna había cesado de latir la emoción y el pensamiento de España.

Tampoco olvido la influencia poderosa que ejerció la Revolución francesa. El estallido de 1789 había difundido una inusitada efervescencia en el mundo y tenía que determinar en América también una ebullición cerebral. Pero, privadas como estaban, las colonias de todo intercambio material e intelectual con las naciones reformadoras, las doctrinas democráticas no pudieron ir hasta ellas. Los jirones que llegaron antes de la emancipación, llegaron por intermedio de los que simpatizaban en España con la renovación grandiosa que debía cambiar la faz del mundo. Y si después de rotos los lazos, al abrir las puertas, entró a los virreinos confusamente y en una sola vez toda la audacia de Europa, no se borró por ello la marca del origen, como lo prueban las pasiones y debilidades que asoman a través de los progresos de hoy.

Al llegar a este punto, séame permitido recordar, especialmente a los argentinos, que no estamos aquí para asombrarnos de la altura a que hemos subido, sino para preguntarnos por qué no hemos subido más aún. Toda admiración incondicional es un peligro para una nación, y yo quiero suficientemente a América para comprender que al lado de los hechos que la enaltecen, al lado de los triunfos de que nos enorgullecemos todos, asoman los errores que han impedido la victoria total. La independencia no es un dogma; es un acontecimiento humano que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas y que debe estimular nuestra costumbre de examinarlo y discutirlo todo.

Nada me sería más fácil que trazar aquí un cuadro esplendoroso de la metamorfosis que se ha operado en las antiguas colonias. Las inclinaciones de nuestro carácter nos llevan generalmente a amplificar lo que nos halaga, a dejar en la sombra lo que nos disgusta y a modificar casi inconscientemente los hechos, para apagar las inquietudes secretas y dar libre campo al orgullo nacional. Pero yo creo que el mejor homenaje que se le puede hacer a un país, es el homenaje de la verdad. Y al lamentar el desorden de nuestros mejores años, al condenar las rivalidades que nos dividieron, y nos dividen, no haré más que seguir en parte las huellas de los hombres que, como Mitre, tenían una extraña autoridad para escribir la historia, porque eran, en cierto modo, historia de ellos mismos.

Claro está que si consideramos aisladamente a la Argentina y a algunas otras Repúblicas que se hallan en pleno milagro de prosperidad, la independencia es una victoria de la sangre hispana. Rara vez se ha visto una improvisación tan maravillosa como la que ha hecho surgir esa portentosa fuente de riqueza. Pero desde el punto de vista de la grandeza y la vitalidad de la raza, olvidando los detalles para abarcar el conjunto, ¿se puede decir que el movimiento separatista ha sido en todas partes un bien?

Yo contesto resueltamente que no.

Pero los pueblos tienen que estar siempre a la altura de los conflictos que los cercan. La dificultad debe centuplicar el empuje. Y el peligro que evocamos este día, para romper con los engreimientos prematuros, el peligro que compromete, no sólo el porvenir de la América española, sino el desarrollo de la raza entera, cuyos destinos son solidarios, no es un peligro irremediable. En nuestras manos está el evitarlo. En el fondo de la democracia existen las energías necesarias para rehacer el porvenir.

Yo no he creído nunca que nuestra raza sea menos capaz que las otras. Así como no hay clases superiores y clases inferiores, sino hombres que por su situación pecuniaria han podido instruirse y depurarse y hombres que no han tenido tiempo de pensar en ello, ocupados como están

en la ruda lucha por la existencia, no hay tampoco razas superiores ni razas inferiores, sino grupos que por las circunstancias particulares en que se desenvolvieron, han alcanzado mayor volumen, y grupos que, ceñidos por una atmósfera hostil, han podido sacar a la superficie toda la savia que tienen dentro.

Pero repito que el hombre puede modificarlo todo. La vida depende de nosotros. Son nuestros músculos intelectuales y morales los que dan forma a la historia. No avanzamos al azar en un carro sin riendas cuyos caballos, desbocados, nos arrastran a su capricho. Somos los dueños de nuestra acción colectiva. Nuestra voluntad es el eje del mundo en que nos movemos. Y, si existe bien arraigada la idea de evolucionar; si vemos hervir dentro de nosotros una sinceridad, una convicción y una fe profundas en el progreso; si nos sentimos levantados por una de esas grandes olas históricas que, al subir, se hielan a veces y se convierten en pedestal de una generación, no cabe duda de que podemos hacer brotar de nuevo, de nuestras propias entrañas, el ímpetu esplendoroso que no tuvo rival en otros tiempos.

Pero ello solo florecerá, a condición de que sepamos claramente lo que nos falta y lo que nos sobra. Hay que modificar muchas ideas corrientes.

Recordemos que el obrero, que el asalariado, que el hombre que alquila sus músculos o su inteligencia a los que poseen el dinero, no es una simple herramienta que se arroja después de conseguir lo que se apetece; no es un útil de carne cuyas funciones se limitan a favorecer el triunfo de los otros, sino un organismo completo y viviente que, desde el punto de vista humano, tiene necesidades, pasiones, ensueños y esperanzas, y que desde el punto de vista económico, es el elemento creador, el verdadero dueño de todas las riquezas que nos circundan.

Estrechemos cada vez más los lazos que nos unen, porque así como los americanos no podríamos ver a España en peligro, sin sentir que peligraba con ella nuestro origen y el manantial de nuestra vida, los españoles no pueden ver comprometido el porvenir de América, sin asistir a la muerte de sus más íntimos deseos, de sus nuevas encarnaciones y de su prolongación histórica.

Reprobemos la violencia de los que recurren a la persecución y a la matanza para acallar las reclamaciones populares, cavando así un abismo en medio del país y comprometiendo el desarrollo del conjunto, al crear, dentro de las propias fronteras, dos naciones antagónicas.

Multipliquemos las iniciativas, pongamos en juego todos los resortes de nuestra actividad y nuestro ingenio, modifiquemos el andamiaje carcomido de nuestras costumbres, seamos ágiles y emprendedores y lleve-

mos al grado máximo el desarrollo y la riqueza nacional, convencidos de que el bienestar del pueblo deriva del adelanto general, y de que sólo puede existir un proletariado capaz de hacer valer sus reivindicaciones en una nación próspera, respetada y triunfante.

Vigoricemos nuestro empuje, rivalicemos con los más altos, en las luchas modernas de desarrollo y de vitalidad. Una nación no puede vivir de sus recuerdos heroicos, ni de sus aptitudes para el arte o para la elocuencia. Es necesario tener vida actual, industrias florecientes, riqueza desbordante, fuerza aplicable al siglo en que vivimos. Hay que competir en acción práctica con nuestros adversarios, a los cuales no es posible vencer con personajes de leyenda, con pinceles o con lirás. Claro está que una nación sin arte y sin ideal, es una nación sin alma. Pero en nuestras épocas rudas especulativas, ¿qué logran conseguir el arte y el ideal sin una base sólida de prosperidades materiales que sostengan y preserven lo que sólo puede ser cúpula y complemento de una civilización?

Iluminemos los cerebros y las conciencias, difundamos la educación y el saber en todas sus formas para suscitar hombres nuevos y para acabar con las supersticiones, que son anacronismos, en una época en que, después de haber vencido la distancia, empieza a apoderarse el hombre del espacio y a forzar los límites de lo desconocido.

Seamos todos los días más dueños de nosotros mismos, tengamos la confianza y la voluntad de vencer y trabajemos incansablemente en favor de la grandeza hispano-americana, no sólo desde el punto de vista intelectual y moral, no solo considerada como tema de discursos y amplificaciones, sino en lo que ella pueda tener de tangible y de práctico, dando tregua en el Nuevo Mundo y aquí a las pasiones minúsculas para edificar, al fin, sobre el futuro, sentando así las bases de la democracia ideal.

La vida nos demuestra que el triunfo o la derrota no depende de circunstancias extrañas, sino de nosotros mismos. En el tiempo y en la historia no existen las loterías. No hay guerras desgraciadas ni banderas sin suerte, lo que hay son pueblos preparados y pueblos analfabetos, Gobiernos previsores y Gobiernos incapaces, conjuntos bien organizados y multitudes dispersas.

No digo que para robustecernos volvamos a reconstruir el grupo que formábamos antes. La independencia de las antiguas colonias, aun de aquellas que se han separado hace poco de España, es un hecho irrevocable sobre el cual no es posible volver. Tampoco insinúo una corriente insensata hacia los bélicos ardores. Las rivalidades y las luchas por la expansión industrial, intelectual y lingüística son más terribles y mortales que todos los choques sangrientos. Lo que creo indispensable es que nuestra raza se fortifique, cobre volumen, se levante, y rivalice con las

mejores en todos los órdenes de la actividad, no para preparar la guerra, sino para asegurar la paz; no para intentar preeminencias, sino para evitar humillaciones; no para imponer su voluntad a otros pueblos, sino para impedir que los otros pueblos le impongan a ella la suya, en esas terribles colisiones silenciosas de la política de nuestro siglo.

Reunidos en dos grandes grupos, independientes entre sí, pero solidarios, refundidos allá en una sola Confederación, renovados aquí por la democracia y el libre pensamiento, podemos ascender paralelamente hasta las cimas más altas, reconquistando así el vigor necesario para defender nuestras costumbres y para tener a raya la presión de los otros grupos, hasta que lleguen las épocas de la fraternidad definitiva y podamos entregar intacta nuestra contribución de pensamiento y de gloria, en el instante supremo de la fusión universal.

En este día, que recuerda un hecho memorable de nuestra historia, un saludo a Cristóbal Colón es un saludo a España, y un saludo a España es un estrecho abrazo a todos los pueblos que se expresan en su idioma. Por eso quiero terminar, evocando esa gran sombra para que, domando otra vez las olas tumultuosas que mecieron las sublimes carabelas, zarpe esta noche del puerto de Palos el recuerdo del gran Almirante, y para que, después de reconciliar a los pueblos de Sud-América, después de restablecer la alta comunión de los orígenes, se vuelva hacia España, y, con la autoridad del que figura entre los hombres más grandes de nuestra historia, tendiendo un puente de concordia con los dos brazos extendidos, como si tocara a ambos Continentes con los dedos, empuje la marcha armónica de las dos grandes fracciones de la raza, hacia la fecunda labor que nos espera.

Si sabemos ser modernos, el porvenir nos pertenece.

MANUEL UGARTE,

Argentino.
Académico de Honor.

Primer Centenario de la batalla de Boyacá

El fervoroso patriota y entusiasta americanista Ilmo. Sr. Don Pelayo Quintero y Atauri, digno Director de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, de ya gloriosa historia y magnífica labor, ha tenido la bondad de pedirme unas líneas referentes a la fecha gloriosa que hoy conmemoran las Repúblicas americanas fundadas por Bolívar, y de manera especial la de Colombia, en cuyo suelo la batalla se verificó. Aspira el Sr. Quintero Atauri a que esta Revista, órgano oficial de la Academia, dé pruebas de los sentimientos de fraternidad que la inspiran, y por ello pensó que correspondía a nosotros, por el hecho de ser colombianos, rendir el homenaje, entusiasta y sincero.

Al espléndido conjuro de la admirable efeméride, más que por las fuerzas que intervinieron, por la transcendencia, por el resultado, por la influencia que ejerció a favor de la independencia, se moverán hoy todos los resortes de la vida colombiana y el periodismo, reflejo fiel del alma nacional, agotará sus mejores recursos y todo el acervo de su amor a la Patria, el rico caudal de sus anhelos, y a fin de hacer acto de presencia en ese torneo de inteligencias y corazones que ha de presidir, como alto y comfortable ejemplo concurrirá el Representante especial de S. M. el Rey de España, nuestro querido amigo el Académico de la Hispano-Americana, Excmo. Sr. D. Manuel Wals y Merino, diplomático cultísimo y hábil, gran amigo de Colombia y buen hijo de España.

Los hechos que hoy se conmemoran, brevemente referidos, son los siguientes:

Bolívar salió de Venezuela para Colombia en los últimos días de mayo de 1819. El ejército pasó el río Arauca, donde tuvo que